

vado, de un modo no natural, con lo que la cabeza viene a quedar sobre el pecho. También existe parentesco con Méjico y la región Maya: en ambas hay que mencionar el «otro yo», y en Méjico la imagen del llamado sapo erguido, que corresponde al jaguar erguido en San Agustín, que, lo mismo que en Méjico, personifica la diosa de la Luna y de la Tierra. En el Este, finalmente, se encuentra el «otro yo» en la zona del río Trombetas.

De la distribución de estas particularidades más llamativas, resulta que la localidad de San Agustín constituye el punto central de una capa cultural profunda que en tiempo antiguo se extendió sobre vastas regiones y que Colombia, de este modo, ha sido un centro, tanto por lo que toca a la técnica del trabajo del oro—aunque en San Agustín esté representada sólo por un anillo de nariz—como por lo que se refiere a las ideas religiosas que se reflejan en las obras plásticas.

(*Investigación y Progreso*, de Madrid)

---

## LEOPARDI Y POPAYAN

Nada más interesante que repasar aquel escrito de Leopardi *La Apuesta de Prometeo*, donde el poeta y filósofo de Recanati expuso en prosa incomparable, o más bien amplió, algunas de las ideas filosóficas contenidas en sus cantos.

Prometeo, según Leopardi, reclama un premio a los dioses por haber creado al hombre; los dioses le descubren sus defectos, visto lo cual por Prometeo, resuelve, en compañía de Momo, descender a la tierra y demorarse en el primer lugar que en cualesquiera de las cinco partes del mundo descubran seres humanos. Puestos de acuerdo los dos exploradores visitan primero a la América donde no ven sino antropófagos; al Asia donde no hay sino barbarie; y finalmente a Europa donde con-

templan a un desgraciado, que después de haber dado muerte a sus propios hijos se quita la vida, y para colmo de males recomienda su perro a un íntimo amigo. «Momo, concluye Leopardi, quiso recordar a Prometeo que ningún otro animal, fuera del hombre, se quita la vida voluntariamente, ni da muerte a sus hijos en un acceso de desesperación; pero Prometeo se le anticipó, y sin querer visitar las otras dos partes del mundo que faltaban, le pagó la apuesta».

Fal es más o menos el argumento de la *Apuesta de Prometeo* en que Leopardi juntando lo cómico con lo serio como en la *Palinodia a Gino Capponi*, nos hizo entrever algo de su propia concepción de la vida. Parecenos que la tal *Apuesta*, vale menos como obra artística que algunos otros ensayos de las *Obras Morales*, como el célebre de *Parini o la gloria*, o la misma *Historia del género humano*, donde se halla expuesta con más método la teoría pesimista del poeta.

No es la *Apuesta de Prometeo* un escrito definitivo de Leopardi y por sí sola no hubiera solicitado nuestra atención, si Prometeo y Momo no hubieran aterrizado en su utópico vuelo en nuestra propia América y en la ciudad de Popayán. Si la memoria no nos es infiel, fue Fitzmaurice Kelly quien hizo notar el primero, a propósito de Valencia, que Popayán no era desconocido para Leopardi.

Inútil parece advertir que el Prometeo de Leopardi, libre ya de las cadenas que lo sujetaban a la roca del Cáucaso, donde lo había fijado la leyenda primero y el trágico griego posteriormente, no tiene el satanismo del de Shelley, ni produce un lamento. Este Prometeo, más bien voluntad que representación, no se ve acosado por los buitres, ni arrastra grillos, ni viaja en hidroavión; en un momento salva la distancia que lo separa de la ciudad de Belalcázar. La descripción que de ella y sus contornos hace Leopardi merece la pena de ser transcrita:

«Enderezaron el vuelo (Prometeo y Momo) hacia el país (sic) de Popayán, al lado septentrional, poco lejos del río Cauca y hacia un lugar donde aparecían señales de habitaciones humanas; vestigios de campos cultivados, varios senderos aunque escabrosos, y escombros por todos lados; árboles talados y tendidos por el suelo y particularmente algunas sepulturas con huesos humanos. Mas no lograron los dos inmortales percibir ningún rumor, ni descubrir la más leve huella de hombre alguno vivo. Anduvieron muchas millas ya caminando, ya volando, trasmontando cumbres y vadeando ríos y encontrando dondequiera las mismas señales e idéntica soledad. «Cuán desiertas son estas regiones—le decía Momo a Prometeo—las cuales demuestran sin embargo haber sido en otro tiempo habitadas. Prometeo recordaba las inundaciones del mar, los terremotos, temporales y lluvias copiosas, que según se le alcanzaba eran frecuentes en las regiones cálidas; y en efecto, escuchaban el rumor de los árboles de la selva vecina, que agitados por el viento despedían de sí agua en abundancia. Pero Momo no acertaba a explicarse por qué razón esa comarca había sido en otro tiempo cubierta por el mar, que por ningún lado se veía; menos aún por qué los terremotos, los temporales y las lluvias habían acabado con todos los hombres, y perdonado en cambio a los monos, hormigas, águilas y a muchos otros animales que poblaban aquellos contornos. Descendieron, por fin, a un espacioso valle y descubrieron una choza, de toscos leños fabricada, cubierta con hojas de palmera y rodeada de un cercado, a manera de empalizada, delante del cual se hallaban muchos hombres unos de pie, en cuclillas otros, alrededor de un caldero que ardía en una hoguera de vivísimo fuego».

Aquella gente estaba cociendo carne humana, según respondieron a las preguntas de Prometeo:

«Prometeo—¿Carne humana decís?»

*Salvaje*—Humana; de mi propio hijo.

*Prometeo*—¿Vuestro hijo es un becerro como el de Pasifae?

*Salvaje*—Un ternero no, sino un hombre como todos».

Y el diálogo prosigue serenamente. Leopardi saca en conclusión que la característica de América es la antropofagia.

No tenemos que fatigarnos mucho para buscar las fuentes de que se sirvió Leopardi para conocer a Popayán; el poeta mismo, que tan escrupuloso era en sus citas, nos dice que fue la *Crónica del Perú*, de Pedro Cieza de León, la que le suministró el dato (en la edición de Anvéres, 1554). Sabido es que Cieza de León desembarcó en América muy joven, sirviendo a órdenes de Jorge Robledo y de Sebastián de Belalcázar, de quien obtuvo señaladas distinciones. Visitó al Perú, pasando por Popayán, donde, según confesión propia, residió algunos años. Cieza de León nos describe a Popayán y sus inmediaciones como fértiles y ricas:

«Siempre están los campos y vegas sembrados de maíces —dice el cronista.— Todas estas vegas y valles fueron primero muy pobladas y sujetadas por el señor llamado Popayán, uno de los principales señores que hubo en aquellas provincias. Hay muchas arboledas de árboles frutales, especialmente de los aguacates o peras. El sitio de la ciudad está en una meseta alta, en muy buen asiento, el más sano y de mejor temple que hay en toda la gobernación de Popayán y aun en la mayor parte del Perú; porque verdaderamente la calidad de los aires más parece de España que de Indias. Hay en ella muy grandes casas hechas de paja; esta ciudad de Popayán es cabeza y principal de todas las ciudades que tengo escrito, salvo de las de Urabá, que ya dije ser de la gobernación de Cartagena. Todas las demás están debajo del nombre desta, y en ella hay iglesia catedral; y por ser la principal y estar en el comedio de las provincias, se intituló la gobernación de Popayán».

Como se ve, la descripción de Cieza de León en nada se parece a la de Leopardi. Sin duda alguna, el poeta había leído íntegramente la *Crónica*, puesto que en muchos lugares de sus *Pensamientos* la cita. No sabemos por qué se imaginó a Popayán triste y desolado como el paisaje de la *Ginestra* y no como el del *Risorgimento*, lleno de luz y de color. Además, cuando Leopardi publicó en Milán sus *Obras Morales* (1826), los hechos de nuestra guerra de Independencia, eran conocidos en toda Europa; la vida de Bolívar era comentada y admirada por el mundo civilizado; Byron había aludido al Libertador en uno de sus poemas inmortales, y el mismo Manzoni, émulo de Leopardi, había conocido en Milán al Libertador de cinco naciones. Pero de todo esto no parecía darse cuenta el Conde Leopardi. América, y Popayán particularmente, era para él un erial, poco menos que el valle de Josafat, al modo de una visión de Ezequiel, en todo semejante al desolado paisaje de su propia existencia y que dondequiera lo reflejaba.

En cuanto al modo como conoció Leopardi la *Crónica* de Cieza de León, no es difícil conjeturarlo: el poeta tuvo como preceptores en su adolescencia a los jesuitas mejicanos José Torres y Francisco Serrano; es probable que ellos introdujeran a la riquísima biblioteca del conde Monaldo Leopardi la célebre *Crónica* que quizá sirvió al poeta de Recanati en el concienzudo y esmerado estudio que hizo de la lengua castellana.

Mas, ¿qué mucho que Leopardi desconociese este rincón de la América, si, naufragando ya en el mar del infinito, hallaría bien pronto la belleza perfecta y un mundo mejor, donde estaría libre de los dolores compañeros constantes de su mísera existencia?

*Perché gli occhi dell'uom cercan morendo  
Il sole; e tutti l'ultimo sospiro  
Mandano i petti alla fuggente luce.*

JUAN MANUEL ARRUBLA